

Fascículo 04 - LA PRÁCTICA SUBVERSIVA DE LAS MANOS

(Mc. 3,1-7)

Las explicaciones de Teófila y su detallado análisis del episodio del paralítico habían estimulado las ganas de seguir leyendo a Marcos. Nos señaló la escena en que nos íbamos a detener.

“Entró de nuevo en la sinagoga y había allí un hombre con el brazo atrofiado. Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábado y presentar una acusación contra él. Le dijo al hombre del brazo atrofiado:

— Levántate y ponte en medio.

Y a ellos les preguntó:

—¿Qué está permitido en sábado, hacer bien o hacer daño, salvar una vida o matar?

Ellos guardaron silencio. Echándoles en torno una mirada de ira y apenado por su obcecación, le dijo al hombre:

— Extiende el brazo.

Lo extendió y su brazo volvió a quedar normal.

Al salir, los fariseos, junto con los herodianos, se pusieron enseguida a maquinan en contra suya, para acabar con él; Jesús, junto con sus discípulos, se retiró en dirección al mar” (Mc. 3, 1-7).

La iniciativa corresponde por entero al Galileo. Marcos ha centrado el foco principal exclusivamente sobre él. Los discípulos, entretanto, se intuyen entre bambalinas. Aparecerán al final de la narración.

No se identifica la ciudad a la que pertenecía aquella sinagoga. Se precisa con artículo, "*la sinagoga*", pero sin mencionar cuál. Éste, y otros datos que veremos enseguida, nos anuncian que Marcos habla de la institución oficial de donde emanaban los principios legales y religiosos que determinaban la forma de vivir del pueblo. El Galileo entra, pues, en el espacio donde se teje la estructura ideológica. En esta ocasión, no se indica objetivo alguno, ni siquiera la enseñanza. Eso hace factible que, sin mediar explicación, se nombre a un sujeto sobre el que girará toda la acción. Se le presenta de forma repentina:

- "*Y había allí un hombre con la mano atrofiada*".

El término griego es susceptible de ser traducido por "*mano*" o "*brazo*". Salvo aquí, en todas las ocasiones que Marcos utiliza ese término en su evangelio se traduce por "*mano*". Elegir una u otra opción no altera su sentido.

Antes de considerar ese detalle, fíjense que nuestro narrador habla de "*un hombre*" para referirse al sujeto cuya presencia ha constatado al comenzar la acción. Se le menciona como si estuviera solo y se le reconoce por el desarrollo anormal de su extremidad. Sin nombre, es un personaje representativo de todos los que tienen su vida supeditada al esquema ideológico y legal impuesto por la institución. Dense cuenta que se omite hablar de público ni aun observando pasivamente. El hombre ocupa todo el espacio. No necesita hablar, su mano habla por él.

Ahondemos un poco más, la palabra mano aparece con artículo: "*la mano*". En el relato paralelo de Mateo se dice: "*una mano*" (Mt 12, 9), sin especificar cuál. Lucas, por su parte, precisa: "*la mano derecha...*" (Lc 6, 6). Pero Marcos, con su sobriedad característica, escribe: "*la mano*", como si el hombre solo hubiese tenido una. Lo hace de esa manera para destacar lo fundamental de su significado. Marcos cultiva esa cualidad de guiar la lectura dejando pistas en el texto con el propósito de que sean descubiertas y valoradas por el lector.

La palabra mano usada con multitud de sentidos en todas las lenguas, representa, sobre todo, la suficiencia creadora y transformadora del ser humano. La mano encarna la posibilidad de salir de uno mismo para alcanzar lo que está fuera y humanizarlo. Tratándose de la naturaleza, para dominarla, en el sentido más profundamente ecológico.

Refiriéndose a otro individuo, la mano extendida abre la posibilidad de llevar, de dar, de compartir, de liberar. Ese efecto positivo hacia el otro obra también a favor del individuo que extiende su mano: eleva su condición humana. La generosidad interactúa en dos direcciones, hacia el que recibe y a favor de quien da.

Marcos presenta escuetamente el problema del hombre diciendo que tenía la mano "*atrofiada*", El sentido de este verbo (secarse, encogerse) no indica sólo detenimiento en el desarrollo, sino retroceso. Implica, por tanto, en este caso, un encogimiento progresivo de la extremidad.

El hombre de la mano encogida simboliza el engendro humano diseñado y construido por la ideología oficial. Su mutilación le impide desarrollar su inherente potencial transformador de la naturaleza. Se le ha arrebatado su genuina función social con capacidad para generar igualdad, justicia, libertad y vida. La figura del hombre con la mano encogida representa a la colectividad del pueblo anquilosado.

La narración avanza con la presentación, también de improviso, de unos personajes igualmente indeterminados en actitud nada amistosa: "***Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábado y presentar una acusación contra él***". Siguiendo la misma línea impersonal, tampoco se identifica a los que acechaban. No se dice quiénes son, sino que están vigilantes. Se les reconocerá por sus actitudes, su praxis y sus objetivos, dejando al lector el cometido de averiguar sus identidades.

La expresión verbal "***estaban al acecho***" comporta una predisposición activa y permanente. Utilizan al de la mano atrofiada como cebo. Los que detentan el poder ideológico esperan que el de Galilea quebrante la ley, ¡concediendo al hombre sus normales posibilidades de progreso! Liberar al hombre del subdesarrollo conlleva el riesgo de que el sistema vigilante presente acusación de subvertir el orden establecido.

La paradoja denuncia la maldad esencial del sistema legal imperante, que no juzga condenable la atrofia del ser humano producida por él mismo, y sí la acción liberadora que le abre horizontes, conviniéndole en dueño de su futuro. Según la presentación de Marcos, el orden legal obligaba en aquella circunstancia a que la liberación pasase necesariamente por la transgresión.

La preceptiva legal impedía realizar acciones terapéuticas en sábado salvo que tuvieran por finalidad salvar de la muerte. No estaba permitido recomponer la rotura de una extremidad ni siquiera echar agua fría sobre ella para calmar el dolor. El Galileo ya estaba avisado por su actuación ante el leproso. La reiteración con prueba de testigos se castigaba con pena de muerte por lapidación. Los anónimos personajes iban en serio. Su presencia en la escena tiene como único objetivo inculparle formalmente.

Marcos insiste en la complicada condición de su mano. Trata de recalcar la gravedad de su situación, siendo reiterativo. El Galileo, por su parte, le hace recobrar su dignidad al ordenarle adoptar la posición erguida. Pero no es suficiente para él; por eso agrega: que se ponga "***en el centro***". Sugiriéndole esa posición, quiere dejar constancia del lugar que corresponde al ser humano. El sitio principal. Una vez allí, ocupa el punto central de referencia ante el cual todo lo demás adquiere carácter periférico, incluso la ley. Cualquier principio, sistema o precepto que desplace al ser humano de su sitio se descoloca.

Seguimos leyendo:

***“Y a ellos les preguntó:
—¿Qué está permitido en sábado, hacer bien o hacer daño, salvar una vida o matar?
Ellos guardaron silencio.”***

Bien. Con el hombre de la mano atrofiada en el lugar central de la escena, el Galileo se dirige, entonces, a los personajes indeterminados que permanecen ocultos en la oscuridad de su anonimato. Por el cariz de la pregunta, "***ellos***" representan, sin duda, a los que detentan el poder ideológico. No han intervenido, están agazapados a la espera de que el Galileo cometa un error.

El interrogante de nuestro protagonista ponía a sus receptores en situación apurada. Su comienzo les resulta desorientador.

El grandioso esfuerzo realizado por la institución para llevar al último rincón de la vida la regulación del descanso sabático se basaba en pormenorizar hasta el extremo lo que no estaba permitido. Para comprender hasta qué términos llevaban su casuística, sirve como modelo el debate entre expertos legales sobre la última prohibición, la de transportar cosas de un sitio a otro; se discutía si el inválido de una pierna podía o no llevar su prótesis de madera en sábado.

La regulación de la ley fundamental del descanso en sábado se diversificaba en multitud de prohibiciones obligando a mantener un estado de tensión constante por evitar lo que no estaba permitido. El Galileo elude la maraña de prohibiciones y les pide que expongan lo que sí está permitido. Su petición les bloqueó sus inercias mentales; les exigió pensar en dirección inversa a la que estaban acostumbrados.

Una vez encerrados en su desconcierto, les lanza una doble disyuntiva:

- "***¿...hacer bien o hacer daño, salvar una vida o matar?***".

A simple vista parece la misma idea planteada con dos formulaciones distintas, pero Marcos no gastaba tinta en balde.

Con la primera ataca los fundamentos de la estructura legal. La maquinaria se movía en una sola dirección, que todo el pueblo cumpliera con exactitud el entramado de leyes para distinguirse del resto de pueblos por la estricta observancia del mandato divino. Al ser divina, la ley no ofrece más salida que cumplirla. A eso se reducía el objetivo de la vida. No había otra posibilidad que la sumisión. Teniendo como única finalidad ser cumplida, la ley alimenta la pasividad.

El resultado estaba a la vista: la atrofia del hombre.

El Galileo parte de la realidad humana: ¡el hombre está en el centro! y suscita la pregunta desde el hecho incontrovertible de su involución. A partir de su realidad, se constata la evidencia de que el sistema legal imperante genera en él un daño grave. Su pregunta les ponía en un verdadero aprieto. Hacer bien suponía quebrantar la ley y enfrentarse al que según ellos la había establecido, Dios. El Galileo contrapone la inteligencia, al miedo religioso; desafía a la ley divinizada, con la reflexión sobre la realidad humana. Destapa el engaño. La actitud de los que estaban al acecho quedaba desenmascarada. En definitiva, es la ley la que atrofia al ser humano. El bien se logra liberándose de ella.

Tras desorientarles y sacudir los cimientos legales, con la segunda disyuntiva: "salvar una vida o matar" les lanza una fuerte acusación. La expresa en términos radicales.

La contestación estaba cantada desde lo establecido por la ley. No se podía realizar ninguna actividad terapéutica, salvo cuando peligrara la vida. Evidentemente los que acechaban al Galileo no interpretaron su pregunta en el sentido de curar una mano. Para esa cuestión tenían la respuesta: no. Al callarse, reconocían que el asunto concernía a la vida mutilada por la ley.

Así que se vieron asediados por sus propias contradicciones. No podían afirmar que la estructura legal se decantaba por la vida porque el Galileo colocó en el centro la prueba que certificaba lo contrario. Tampoco se atreverían a aceptar explícitamente que el destino del hombre se circunscribiera a cumplir la ley, convirtiéndole en un ser tan sumiso como estéril. De haberlo hecho, habrían aceptado que la estructura legal no se alineaba a favor del ser humano. En ese caso, se habrían declarado responsables de la descomunal farsa. En consecuencia, pusieron por delante la callada por respuesta con la finalidad de defender la impenetrabilidad de la ideología institucional, A pesar de tan ancho muro, el Galileo descubrió el brutal engaño al hombre y el gran fraude a la vida.

No es nada extraño que ante ese silencio cobarde sacara a flote sus sentimientos, mezcla de cólera y decepción. Marcos los describe, sin añadir nada de suavizante y resaltando su humanidad:

- *"echándoles en torno una mirada de ira y apenado por su obcecación..."*

Adviertan ahora. Nuestro protagonista se ha enfrentado directamente a los opacos representantes del poder ideológico y legal, pero no olvida la realidad humana de aquél al que Marcos llama ahora simplemente hombre, realzando su carácter representativo: *"le dijo al hombre"*. Frente a la pasividad y el silencio de la institución saqueadora de la vida del pueblo, su mensaje y su actividad abren el camino a la esperanza.

El hombre de Galilea le solicitó con fuerza: *"Extiende el brazo"*. Su exigencia implicaba superar el ordenamiento legal establecido. Al hacerlo se alcanza la plenitud de la vida. La integridad humana requiere necesariamente abandonar la sumisión, No se logra, por consiguiente, al obedecer a una orden, sino por decidirlo con libertad. La auténtica acción portentosa del Galileo consistió en invitar a un portento de vida. El hombre, dice Marcos, *"lo extendió"*; es decir, respondió positivamente a la invitación. La mano extendida describe al hombre saliendo de sí mismo para encontrar su sentido social. Esa maniobra conduce a superar la mutilación que impide ser humano. Una vez aceptada la vida, a la que invita el mensaje del Galileo venciendo el sometimiento a la ley, se produce la consecuencia lógica: *"su mano volvió a quedar normal"*.

No han sonado aplausos. Nadie ha hecho un solo gesto de admiración. El Galileo no ha realizado ningún milagro. El restablecimiento de la mano se produce únicamente cuando el hombre toma la decisión de lograr su total desarrollo independizándose del yugo mortal de la ley. El mensaje que transmite el Galileo es optimista. Es posible para el pueblo salir de su situación crónica de atrofia y encontrar sentido a la existencia. La decisión de hacerlo conduce a la vida que el sistema impide.

La expresión que se lee seguidamente, *"al salir"*, anuncia la conclusión de los hechos acaecidos en el área dominada por la institución, y se conecta con el verbo que iniciaba el relato: *"Entró"*. Entrar y salir marcan el principio y el final de lo sucedido. Ninguno de los personajes que ha intervenido ha sido

identificado. Ni siquiera se ha nombrado al único que habla en la escena, su principal protagonista, el hombre de Galilea. Marcos incita a los lectores a sacar conclusiones y saber quién es cada uno. El sentido figurado se conserva de principio a fin.

A partir de ahí, sin embargo, sí se determinan con precisión los personajes que intervienen. En primer lugar se cita a "**los fariseos junto con los herodianos**". Los fariseos componen la facción de seglares con reconocida autoridad ante el pueblo por su estricta observancia de la ley, a cuyo cumplimiento obligaban con preocupación patológica. Su nombre procede del hebreo y significa: *segregado* o *separado*. El grupo laico de los fariseos estaba muy afianzado y contaba con la fuerza que les daba su autoridad moral ante el pueblo. Su oposición a la clase aristocrática y una postura favorable a equilibrar diferencias sociales y económicas les hacía contar con apoyo mayoritario en el pueblo, al que despreciaban porque no alcanzaba el grado de cumplimiento de los preceptos que ellos exigían. Enemigos de la dominación romana, presionaban con el cumplimiento de la ley prometiendo que, al hacerlo, Israel conseguiría el reconocimiento de los demás pueblos y adquiriría entre ellos una posición hegemónica.

Por su parte, los herodianos están muy alejados de ese círculo. Éstos son los partidarios del tetrarca de Galilea, Herodes Antipas. Como él, en su condición de cortesanos vasallos suyos, se manifestaban adictos al imperio dominante en aquellos momentos: Roma. Por ese motivo, eran odiados por los fariseos que veían reflejada en ellos su situación de pueblo sometido por la primera potencia mundial. Paradójicamente, los fariseos han hecho cuerpo con sus adversarios, buscando la alianza con el poder político del que carecen, para solventar un caso tan grave y peligroso como el del Galileo.

El pacto antinatural entre ambos grupos pone de manifiesto que el mensaje de nuestro protagonista afectaba tanto al poder político como al religioso. Marcos afina diciendo que lo hicieron "**enseguida**"; es decir, concedieron al asunto prioridad absoluta y máxima urgencia, lo que confirma, una vez más, que no hubo milagro, sino... sacudida.

La frase de Marcos "**se pusieron enseguida a maquinarse en contra suya, para acabar con él**" evidencia que la incoherente coalición se ha constituido con carácter permanente y con decidido empeño de tramar el método para liquidar al Galileo. No han podido acusarle de curación y, por lo tanto, el objetivo asesino que urden los de la recién estrenada liga nada tiene que ver con el arreglo de un brazo. El motivo que les ha movido a unirse con fines criminales estriba en que aquel mensaje práctico y radical situaba en grave peligro las bases de su sistema ideológico. La determinación de los aliados no admite duda. Habían elegido la muerte; no, la vida... No volverán a aparecer juntos hasta que acudan con la gran trampa tejida para atraparlos, el tema del impuesto al César.

En el cierre del episodio se nombra por fin al Galileo. No se cita ningún nombre salvo el suyo. Es también el único que ha estado activo. En oposición al contubernio anterior, se le menciona agrupado con sus discípulos ("**Jesús, junto con sus discípulos**").

La expresión "**junto con**", repetida, señala dos grupos diferentes. Los fariseos y los herodianos establecieron un pacto de conveniencias con una finalidad asesina; el colectivo de amigos que representa la alternativa se une en una relación natural.

Marcos reseña intencionadamente la actitud del Galileo con el verbo "**retirarse**" que solo usa en esta ocasión. Con él expresa su alejamiento de la institución. El sistema no tiene arreglo. La estructura basada en la ley está pasada; es el manto sin posibilidad de reparación. El vino nuevo que simboliza la vida no tiene cabida en esquemas caducos (odres viejos).

El Galileo se encamina con sus discípulos en dirección al mar. El grupo de adversarios queda con la mano en alto esperando dar su golpe definitivo; el hombre de Galilea acude adonde se halla el ser humano necesitado de libertad y de ayuda. Va con la mano tendida.